

TOHONOO'OTHAM

Los colores del desierto

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez • Julio Axel Hueto Cruz



ILUSTRACIONES
Ana Karen Gómez Sosa



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto
Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

José Luis Sarmiento Gutiérrez

Director de Comunicación Social

Tohonoo'otham

Los colores del desierto

Cuentos

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez
Julio Axel Huetto Cruz

Ilustraciones

Ana Karen Gómez Sosa

Corrección de estilo

Rita María Saloma Velázquez

Diseño editorial

Daniela Valle Cruz

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2022

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....1

CESTA DE MARIPOSAS 4

HIJOS DEL DESIERTO..... 16

LABERINTO DE LA VIDA 29

GRANO DE ARENA, GOTA DE LLUVIA... 41

Introducción

Los tohonoó'otham también conocidos como pápagos, pertenecen a un pueblo que se asientan en el desierto de Sonora desde hace por lo menos tres milenios, a ellos, *l'itoi*, el “Hermano Mayor”, fue quien les enseñó a prosperar en el desierto a pesar de los recursos limitados que tenían a su alrededor. Los tohonoó'otham, a pesar de haber sido despojados de una parte de su territorio, no dejan de celebrar durante ciertas épocas del año.

Entre sus fiestas más representativas están las siguientes: la de San Francisco, la de Semana Santa, el día de los Fieles Difuntos, y la Vi'ikita, la cual para muchos es la más bella, esta, tiene como finalidad recibir bendiciones, como la lluvia y la buena cosecha. Esta festividad es tan importante que reúne a los pueblos pápagos de Estados Unidos (Arizona) y México (Sonora) cerca de la montaña Baboquivari.

Algunas de las artesanías representativas de los pápagos son: la alfarería que realizan con barro, arena y estiércol de vaca; las figuras que tallan sobre madera, y las cestas, que representan una de las principales fuentes de ingreso.

En *Los colores del desierto*, se intenta mostrar un poco de la vida y las hermosas tradiciones del pueblo tohono'o'otham a través de cuatro cuentos cortos.

En el cuento *Grano de arena, gota de lluvia*, conocerás a Eugenio, un hombre de avanzada edad que te enseñará más acerca de la *Vi'ikita* acompañado de sus dos nietos, ellos, también te mostraran la colorida vestimenta de las mujeres, los bailes, los rezos y los platillos típicos como la jalea de pitahaya que es la fruta favorita de Eugenio.

El segundo cuento que lleva por nombre *Hijos del desierto*, nos presenta la *leyenda de l'itoi*, quien luchó contra una serpiente de dos cabezas que quería hacerle daño a sus hijos, los pápagos.

Cesta de mariposas, es el tercer cuento de este libro, el cual está lleno de colores, sonidos y sensaciones. En este relato, encontrarás cómo el "Hermano Mayor", creó a las mariposas.

En el último cuento, *Laberinto de la vida*, aprenderás acerca del enorme tamaño de la montaña Boboquivari, y la creencia de cómo es que desde que nacemos hay un camino que nos llevará hacia ese lugar.



**CESTA DE
MARIPOSAS**

Cesta de mariposas

Cuentan los abuelos tohono o'odham que l'itoi, el Hermano Mayor, creó el mundo y su esplendor. Creó la belleza de la naturaleza, el cielo y los colores que lo iluminan; así como los animales y las personas que desde aquel entonces cuidan la tierra. Al siguiente día de completar su creación, sobre una roca postrada en el suelo verde, el Hermano Mayor observaba a algunos pequeños y a sus padres que junto a ellos molían maíz con gran esmero, todos vestidos con ropa colorida, tez morena o trigueña en varias tonalidades como el panorama, y llenando de colores vivientes la vista del que los contemplaba.

Todo era realmente bello, las plantas y cada una de las flores componían un paisaje lleno de vitalidad. Los aromas llegaron a su interior y la huella del sol y viento fresco acariciaron su tacto. La combinación de los diversos sonidos llegaba sutilmente a sus oídos. Sin embargo, l'itoi comenzó a imaginar un cuadro en el cual los niños se harían ancianos con el paso del tiempo; tanto en mujeres como en hombres la cabeza se cubriría de cabellos grises y blancos donde antes había una melena brillante y exuberante, y en la piel comenzarían a aparecer sutiles arrugas que crecerían hasta hacerse notar sin discreción. También las plantas se

secarían, los árboles dejarían de crecer, y los olores de las frutas y flores se esfumarían. Las nubes se difuminarían poco a poco por el manto celeste. Los animales, al igual que todos los seres, crecerían y morirían. El Hermano Mayor sintió una enorme tristeza y dentro de su pecho un pequeño dolor.

Sabiendo que todo se acabaría, continuó contemplando la bella creación. Miró el suelo y sobre éste observó unas hojas que corrían con el viento. Motivado por resguardar la belleza tomó el morral que colgaba de su hombro y dentro de éste metió un poco del cielo celeste, un poco de los rayos solares de cada color, algo de los sonidos que lo rodeaban y algo de cada elemento que estaba frente a sus ojos. Seleccionó cada detalle con sumo cuidado y cerró el bolso.

Se dirigió hacia los pequeños y les pidió ayuda para abrir el morral, estaba a punto de crear algo inigualable. Los niños tomaron juntos la boquilla de aquella bolsa y la abrieron. De repente una mariposa salió, era blanca como el algodón que flotaba por los cielos corriendo con el viento, y con unas alas grandes y muy bellas.

Los pequeños estaban emocionados. De inmediato, del morral del Hermano Mayor comenzaron a salir mariposas en suntuosas cantidades. Todas con diversos colores: rojo como las hojas de otoño; naranja



como el atardecer y los amaneceres; amarillo como las flores silvestres o como los rayos del sol; verde como los árboles y los tallos florales; azul como el mar profundo y el cielo despejado del medio día; morado y rosa como pétalos de flores y como algunos frutos. Unas cuantas estaban delineadas con una negrura como el cabello fulgurante de las personas, varias más llevaban combinaciones cromáticas inimaginables.

Aquellas criaturas, que también eran de diversos tamaños y formas, parecían pétalos bailando en el cielo. El sonido de su aleteo era como los cantos de los pájaros en el monte o como el de una cascada que alberga vida en su interior y exterior.

Contento, el Hermano Mayor se recostó sobre el pasto y observó lo que acababa de crear. El espectáculo poco a poco se desvaneció mientras las mariposas se alejaban unas de otras.

—A mí me gusta esa historia —dijo llana, una pequeña que junto a Juana, su tía, limpiaba una mesa de madera.

—Bueno, cuando yo tenía tu edad siempre le pedía a tu abuela que me la contara, ¡uy!, cómo me gustaba oírla —dijo la mujer mientras cargaba un cesto con **moho**¹— ándale, ve y háblale a tu madre. Dile que ya voy a empezar.

(1) **Moho**: planta fibrosa utilizada por los pápagos para tejer cestas llamadas “coritas”.



—Sí —contestó la pequeña y salió corriendo hacia la casa de sus padres donde ya la esperaba María, su madre.

—Ma, dice mi tía que ya.

—Ya iba para allá, ándale vamos... ayúdame con aquella bolsa.

Salieron de su casa y se dirigieron a casa de Juana. No pasó mucho tiempo desde el momento en el cual Juana mandó a su sobrina a llamar a su mamá y hasta que la vio regresar.

—¡Bien rápido llegaron! —dijo Juana.

—Sí mujer, es que acá la niña ya quiere aprender a tejer...Traje la palmita y el [Takwi](#)².

—Pero también porque mi tía me estaba contando la historia de las mariposas.

—¿La que nos contaba mi papá? —preguntó María.

—No... la que nos contaba mi mamá.

(2) [Takwi](#): la raíz de esta planta se utiliza para tejer las coritas o cestas.



—¿Entonces hay otra historia? —interrogó la pequeña.

—Bueno es que tus abuelos nos contaban dos historias, una es la que te acabo de contar y la otra es un poco parecida, pero... a ver que te la cuente tu mamá.

—¿Se la cuento yo?, bueno no la recuerdo muy bien, recuerdo más la de tu abuela.

—No importa, lo que te acuerdes —dijo Juana con un poco de humor.

—Bueno... Tu abuelo nos contaba que hace muchísimos años el Hermano Mayor iba caminando y mientras avanzaba observó una masa espesa a su lado. La tomó y la guardó en su morral. Después de un rato se sentó en una gran roca y sacó el barro. Aquel día comenzó a moldear, a su semejanza, a los seres humanos y a los animales.

—¿Él creó todo? —preguntó la niña.

—¡Exacto! —afirmó María.

—¿Y los árboles también?

—Deja que continúe tu mamá.

—Comenzó imaginando una criatura voladora —continuó María— y formó una mariposa, con grandes alas para que fuera libre, pues ya existían suficientes criaturas pequeñas con forma cilíndrica que se arrastraban en la tierra como los gusanos. A las mariposas las pintó y detalló con delicadeza. Después siguió con los demás animales, todos los que puedas llegar a imaginar. Los formó y coloreó, y luego comenzó a trazar al ser humano. A éste lo pintó un poco simple, pues no tenía ya colores. No obstante, lo adornó con el poco barro que le quedaba. Pasó pequeñas bolas de barro por un hilo para embellecerlo, como a las mariposas.

—Como la chaquira ¿verdad tía?

—Luego tomó piedras que parecían cuarzos y las colgó de su cuello y manos, y le incrustó algunas en el cuerpo para que tuviera colores en todas partes. Así lo terminó y el ser humano comenzó a existir.

En el hogar, las paredes tenían colgadas diversas [coritas](#)³ grandes y pequeñas, con diseños complejos y muy llamativos, era un espacio dedicado a estas canastas, aunque también había ollas hechas de [palo](#)

(3) [Coritas](#): cestas típicas tejidas por los pápagos, adornadas con borde y figuras geométricas



fierro⁴. Las dos mujeres esparcieron el moho y limpiaron la planta. Le quitaron las espinas que tenía a los lados y comenzaron a tejer. Ambas explicaban cómo debía hacerlo llana. Poco a poco la pequeña fue tejiendo su propia corita.

—Cuando termine le pintaré una mariposa como las de las historias que me contaron. Quiero una con grandes alas y adornarla.

—Ya habrá tiempo para eso...

(4) Palo fierro: árbol común en el Desierto de Sonora, cuya madera se utiliza para la elaboración de artesanías.

An illustration of a desert scene. In the top left, a dark blue, textured cloud is raining. A large snake with a dark green and brown patterned body is coiled on the right side of the frame. In the bottom left, there is a brown desert mound with a blue saguaro cactus. The background is white with faint rain streaks.

HIJOS DEL DESIERTO

Hijos del desierto

Antes de que el mundo tuviera luz y abundancia, la oscuridad asediaba esta tierra, principalmente a Sonora, este lugar donde nací, crecí, morí y resucité. Cuando el Sol apenas comenzaba a crearse a millones de metros de distancia, yo emergí de los adentros del Valle de Altar, mi cuerpo estaba compuesto por cientos de granos de arena.

Luego de muchos siglos cayó sobre mi madre, la tierra, la primera gota de agua desde el cielo. Aquel día fue una fiesta, pues no sólo nació la lluvia, también nació el sol, los saguaros, las pitahayas, los venados y mis hijos, los tohono o'odham. Crear a mis hijos no fue tarea fácil, pues tuve que esperar a que cesara la tormenta para juntar grano por grano de mi madre, la arena, y formar la cabeza, el cuerpo y las piernas de mis descendientes. Después, tuve que dejarlos bajo la luz de la luna hasta que el sol se posó sobre nosotros.

Al pasar de los años les fui enseñando a mis hijas e hijos canciones que les hicieran recordar su lugar de origen. “Cuando te sientas perdido mira a las nubes, ellas tu voz escucharán, y con su lluvia a la arena de tu desierto te devolverán”. Cuando crecieron los instruí en el arte de la



cosecha, de la recolección de agua y de la caza. Sin embargo, no todos mis hijos siguieron el camino del bien. Hubo quienes, con lo aprendido, se llenaron de poder. Fue por ello que las nubes, mi madre tierra, el viento, la luna y el sol decidieron castigarnos a buenos y malos.

Una noche, cuando la luna iluminaba de manera tenue nuestro hogar, las nubes mayores llegaron empujadas por el viento y descargaron con furia millones de gotas de ira sobre mi madre hasta conseguir que se formara un socavón y se llenara de agua, creando la laguna de Quitovac. El chubasco duró muchos días y el sol decidió no calentarnos. Las tinieblas se apoderaron del Valle de Altar, pero la pena no paró ahí, nos castigaron enviándonos seres maliciosos para hacernos daño. Uno de ellos fue la serpiente de dos cabezas que llegó a vivir a la laguna de Quitovac.

—Madre, vengo a suplicarte piedad para mis hijos. Sus cosechas de calabaza y de frijol no les están dando alimento —dije arrodillado.

—I'toi, hijo mío, tus protegidos han sido mal agradecidos con lo que les hemos brindado. Han cazado venados cuando sus estómagos se encontraban satisfechos, han robado el agua a aquellos que tenían sed, y han destruido la cosecha de sus propios hermanos —dijo mi madre tierra, con voz airada.

—Apiádate de ellos, ya han aprendido la lección.

—Me duele verte sufrir, hijo, pero tus hijos deben aprender que hicieron mal.

—¿Qué podemos hacer para aplacar la ira que tienen contra nosotros? —pregunté mientras la lluvia me bañaba.

—Tus descendientes deben pedir disculpas a las nubes, al viento, al sol y a la luna —dijo con voz serena.

Me levanté y partí a buscar a mis hijos para pedirles que se arrepintieran por lo que habían hecho. Cuando pasé junto a la laguna de Quitovac vi que uno de mis hijos se hallaba flotando boca abajo y me adentré en el agua rápidamente hasta llegar al cuerpo. Fue entonces que me percaté de que mi retoño tenía varias mordidas en el cuello y ya no respiraba. Esa atrocidad sólo la habría podido realizar alguien sin sentimientos, la serpiente de dos cabezas.

Sin pensarlo me sumergí en la laguna hasta llegar a lo más profundo. Ahí descansaba la enorme serpiente de piel escamosa y atigrada. Me fui acercando de a poco hasta que llegué a situarme frente a sus cabezas. Una de ellas era como la de un dragón, la otra era similar a un



cuervo. Verla de frente me llenó de ira, por mi mente sólo pasaba una cosa, vengar a mi hijo.

Mis brazos y mis manos se volvieron duros como una roca, sentí que la sangre me recorría con mayor velocidad las venas, y el poco aire que me quedaba en los pulmones se hizo más. Fue entonces que decidí atacar a la bestia. Cargué mi puño y lo solté contra la cabeza de dragón. La serpiente de dos cabezas se despertó de su largo sueño y rugió como un león. Al oír eso quedé paralizado; la bestia aprovechó ese instante para tomarme con el pico de su cabeza de cuervo y zangolotearme repetidamente hasta hacerme perder todo el aire que llevaba en el cuerpo.

Perdí el conocimiento y desperté en un lugar oscuro y pegajoso que olía a pescado, ahí se escuchaba un palpitar fuerte y acelerado. Caminé hacia donde se oía el latido y me encontré con una roca color canela que parecía respirar, era el corazón de la serpiente. En ese momento pensé en arrancarle el peñasco que resollaba en su interior, sin embargo, decidí no hacerlo, pues temía que la víbora, al sentir mis manos, se enrollara y me apretara hasta asfixiarme, y ahora sí, matarme.

Pasé muchas horas pensando en la manera de terminar con la bestia de dos cabezas, pero todo lo que planeaba, después me parecía

muy arriesgado. Finalmente tomé la decisión de escapar por sus fauces cuando se durmiera. Una vez que sentí que la víbora no se movía, decidí actuar. Caminé despacio por su interior para no despertarla. Cuando llegué al que podría ser su cuello, me encontré con dos caminos para elegir, podía salir por la cabeza de dragón o por la de cuervo, pero no supe cuál era cuál, así que me decidí por la de la izquierda. Yo esperaba haber elegido el camino que me sacara por el pico de la bestia, mas no fue así. Al llegar a la lengua me percaté de que había salido por la cabeza de dragón, pues tenía dientes puntiagudos.

Cuando me vi frente a la que sería mi salida, me invadió de nueva cuenta el sentimiento de venganza, mi voz interior me preguntaba si era correcto huir del asesino de uno de mis hijos. Yo me respondí que no, que tenía que acabar con la víbora de dos cabezas antes de que ella creciera más y acabara con todos mis hijos, conmigo y con mi madre tierra.

Volví a cargar mi puño y sentí que mi fuerza en los brazos, la espalda y la mano era mayor. Jamás había sentido eso, así que aproveché para golpear uno de los dientes de la bestia. Mi fortaleza logró no sólo derribar uno, sino dos. La víbora, al sentir que se habían derrumbado sus colmillos, se zangoloteó de un lado a otro de manera brusca hasta que me derribó y volvió a tragarme. Llegué de nueva cuenta hasta lo

que era su estómago, pero no caí con las manos vacías, me llevé los dos colmillos filosos que le había quitado. Sin pensarlo, nuevamente seguí el sonido de los latidos del corazón de la bestia. Me paré frente a la roca que respiraba y con los dientes de dragón la corté. Cuando cayó frente a mis pies seguía inhalando y exhalando.

La víbora de dos cabezas reaccionó peor de como lo había imaginado. Primero berreó hasta dejarme sordo, luego comenzó a dar vueltas en círculos, para después saltar fuera del agua y luego volver a entrar a la laguna. Cuando cayó en el fondo se enroscó tanto que no me dejó espacio para moverme, los huesos me crujieron y sentí que ese era mi fin. Sin embargo, la fuerza en mi interior volvió y logré hacerme un espacio. Sin perder ni un segundo, tomé ambos colmillos y los incrusté en el costado del animal marino hasta lograr abrirme un hueco, cogí el corazón de piedra y salí al agua.

Arriba de mí, el sol apenas comenzaba a posarse en el cielo, pues se notaban los tonos alba del amanecer. Salí a la superficie y vi a muchos de mis hijos alrededor de la laguna observándome.

— ¡Nuestro creador ha vencido a la bestia! —gritó emocionada una pequeña de cabello lacio en cuyas mejillas la arena formaba una nube.



Luego de oír una ovación de mis hijos que se hallaban allí reunidos, caí en un sueño profundo. Desperté acostado sobre la arena en medio de varios cactus gigantes y con el corazón de piedra a mi lado. Me levanté y una lluvia torrencial cayó sobre el Valle de Altar. Tomé la roca y corrí a resguardarme bajo la teja de una de las casas de adobe. Cuando miré la piedra, me pareció que era más grande que antes, pero creí que era sólo una impresión mía, así que no le di importancia. La tormenta duró todo el día y toda la noche. Cuando el pueblo ya comenzaba a inundarse, y yo a asustarme, recordé lo que me había dicho mi madre. Mis hijos debían pedir disculpas por sus malas decisiones.

Dejé el corazón color canela bajo la lluvia y fui a buscar a cada uno de mis hijos a sus hogares. Luego de haber reunido a todos junto a la laguna de Quitovac, nos percatamos de que una gran roca había aparecido. Era el corazón de la víbora de dos cabezas, lo supe porque estaba justo en el mismo lugar donde yo lo había dejado. Caminé hacia la gran roca que seguía creciendo con la lluvia y la escalé. Una vez arriba, les pedí a mis hijos que se disculparan por los malos tratos que le habían dado a mi madre tierra y al universo en general. Todos, asustados por ver que la roca seguía creciendo con cada gota que la mojaba, comenzaron a pedir perdón y a entonar cantos como este: "Oh, sagrada lluvia, báñanos con tus bellas gotas, prémianos con tu rocío, pero no nos castigues con tu diluvio".



La tormenta se detuvo y con ella el crecimiento de la piedra que ahora era una montaña de lo grande que se había vuelto.

Yo ahora vivo aquí, dentro de la montaña que lleva por nombre Baboquivari; desde aquí puedo ver y cuidar, a todos y cada uno de mis hijos, de los peligros que les acechan.

LABERINTO DE LA VIDA



Laberinto de la Vida

El sol despierta cuando la oscuridad aún encapota con su manto estrellado el cielo de Sonora. La estrella más grande que existe emerge de a poco desde los adentros de la arena ámbar y tiñe el cielo de color: melocotón, azafrán y carmín. Conforme pasan las horas, la luz solar ilumina a los pápagos del Valle de Altar y a los que habitan del lado de Arizona, para el sol no hay fronteras.

Cuando dan las siete de la mañana, la montaña Baboquivari deja de ser azabache y se viste de color canela. Los tohono o'odham despiertan de sus sueños, y con ellos l'itoi, su Dios, quien vive en los adentros de la montaña Baboquivari y cada mañana cuida de todos y cada uno de sus hijos desde las alturas. Desde la cumbre, él puede ver la aridez de su territorio, las casas hechas de adobe y teja, y a los saguaros con sus brazos levantados hacia el cielo; todos estos elementos juntos forman un laberinto que sólo puede ver l'itoi, su creador.

Dentro de uno de los hogares que forman parte del laberinto del Valle de Altar, está sentada tejiendo una cesta, en su mecedora, Rita, una mujer bella, de cabello níveo y manos temblorosas a causa de su



edad. Viste una blusa rosa y una falda del mismo color. Mira por la ventana, observa fijamente la punta de la montaña Baboquivari y sonrío dejando entrever sus rosadas encías. Su nieta Sara, sentada frente a ella, voltea para descubrir por qué su abuela sonrío.

¿Qué pasó abue? —pregunta la pequeña de cabello lacio y negro.

—Nada, es sólo que me pone feliz la suerte que tengo de ver cada mañana como l'itói me saluda.

—Yo nunca lo he visto... —responde triste Sara y mira su falda amarilla.

—Te voy a dar un consejo para que lo veas —dice Rita e invita a su nieta a acercarse a ella —, cuando sean las siete de la mañana observa a la montaña, y no parpadees, porque sólo nos regala un segundo de su apariencia en el día.

¿Y si parpadeo y no puedo verlo? —pregunta acongojada.

—Si no puedes verlo siendo niña, lo podrás ver siendo vieja —contesta Rita abrazando a su nieta.



¿Mi mami alguna vez pudo verlo?

—Creo que no, nunca me contó que lo hubiese visto —responde con lágrimas en los ojos.

—Pero ahora que está con él, lo ha de ver todos los días, abue, y lo mejor es que ella lo ve de cerca —dice Sara emocionada.

Rita se limpia con su blusa las tristezas que escapaban de sus ojos, sonrío y el rostro se le arruga un poco más. Se levanta de la silla de madera de caoba y deja sobre el asiento la canasta que está tejiendo. Bamboleándose con pasos cortos llega hasta la estufa y pone a calentar la olla con frijoles negros que habían cenado la noche anterior. Cuando el desayuno está caliente, Rita sirve en un par de platos de barro los humeantes frijoles.

—¡A comer! —llama a su nieta que no dejaba de mirar el desierto por la ventana.

Sara camina a la mesa y se sienta a un costado de su abuela. Ambas toman una tortilla, la hacen rollito, la remojan dentro de su plato y la llevan a su boca. Cuando la pequeña está a punto de terminar su comida, se queda mirando a un punto fijo.

Rita se percató de ello e intenta adivinar a dónde mira su nieta y lo logra, ve a la cesta que ella está tejiendo.

—Oye, abue... —dice Sara confundida.

¿Qué pasó, Su? —responde la mujer comiendo frijoles.

— ¿Qué significa ese círculo de la cesta que estás tejiendo?, siempre se lo dibujas.

—Es el Laberinto de la Vida.

—¿Y por qué a todas tus canastitas les tejes un laberinto, abue?

— ¡Ah!, pues porque es un símbolo muy importante para nosotros los tohono o'odham.

—¿Y ése que está ahí es un hombre? —señala a la canasta.

—Sí, es l'ittoi.

—Con razón es tan importante el laberinto...



¿Quieres que te cuente el significado del Laberinto de la Vida? — pregunta Rita.

—¡Sí! —responde emocionada Sara.

—Mira, ese laberinto, como su nombre lo dice, significa nuestra vida.

—No entiendo. ¿El mundo es un laberinto? —dice confundida la pequeña.

—Sí y no, mira, la vida es hermosa porque no siempre es sencilla, a veces nos ocurren cosas que nos ponen tristes y hacen que nos sintamos perdidos...

—¿Como cuando murió mi mami, que no dejabas de llorar?

—Exacto, cuando falleció, yo sentía que el mundo se había terminado para mí, no sabía qué hacer porque me dolió mucho saber que no la iba a volver a ver.

—Entonces la vida no es bonita, abue, porque hace sufrir a las personas.

—Pero si no sufriéramos no sabríamos lo bello que es ser feliz. Por ejemplo, yo ahorita estoy muy contenta de poder estar contigo.

Sara sonrío y abraza a su abuela con ambos brazos, luego le besa una de las mejillas y logra palpar la suavidad de ésta. Rita siente recorrer por su cuerpo una electricidad que le eriza la piel.

—¿Entonces cuando tú te mueras yo voy a entrar al Laberinto de la Vida? —pregunta la niña con la mirada nublada.

—No, todas las personas desde que nacemos comenzamos a caminar por el Laberinto de la Vida. Luego los momentos que nos impactan hacen que nos sintamos perdidos, aunque el camino esté lleno de bellos saguaros. Y cuando uno llega al centro, es el momento más bello de todos.

—¿Por qué?, ¿qué pasa ahí? —interroga la pequeña con los ojos bien abiertos.

—Ahí, nos está esperando l'itói para llevarnos dentro de la montaña Baboquivari. Cuando nos ve, nos presenta los momentos más bellos que vivimos, nos toma de la mano y nos lleva al próximo mundo.



—Cuando llegue al centro del laberinto, estoy segura de que voy a verte en todos los momentos bonitos, abue.

Las palabras de Sara rondaron en la cabeza de Rita hasta que el sol dejó de abrazar con sus rayos a los pápagos. A las seis de la tarde, el cielo se vistió de gris, las nubes se reunieron encima del Valle de Altar y soltaron su llanto contenido. Los tohono o'odham festejaron cada gota que mojaba a la arena. Y cada gota que caía sobre la montaña Baboquivari hacía que ésta creciera y se volviera más imponente.

GRANO DE ARENA, GOTA DE LLUVIA



Grano de arena, gota de lluvia

En este viaje por el desierto en la comunidad de Quitovac el viento sopaba desolado y caliente. Los tohono o'odham se alistaban para la llegada del Vi'ikita, una ceremonia esperada con entusiasmo cada primer plenilunio de junio.

Sobre el cielo despejado el sol atravesaba el firmamento y tocaba cada grano de arena, cada flor y cada saguaro. En las casas con paredes de adobe y techo de teja cubierto con barro, las mujeres se alistaban con sus faldas largas y coloridas camisas con listones en la espalda. Algunas de vestimenta rosa, unas cuantas de verde, blanco o amarillo y otras de azul o naranja, todas con el símbolo pápago y una cinta blanca en la cabeza que las rodeaba desde su frente hasta su nuca, preparaban platillos diversos como jalea de pitahaya, tortillas, mezquite de miel, frijoles, entre otros.

Eugenio era un hombre de avanzada edad, con piel arrugada y espalda encorvada, que gozaba de caminar, pues desde joven recorrió y conoció cada parte de la tierra de la nación Tohono O'odham.



En ocasiones llevaba consigo a sus nietos Ester y Ethan.

Una mañana Eugenio se levantó de su rústica cama, se cambió de ropa y salió de su hogar. Se mantuvo parado bajo la luz caliente un rato, después se sentó en una silla de madera que estaba entre arbustos poco más altos que él y comió algunas pitahayas. Los pequeños Ester y Ethan se acercaron a su abuelo y preguntaron:

—¿Caminarás hoy?

—¡Claro!, sólo un poco porque la festividad es hoy.

El anciano se levantó y se acomodó el sombrero con la finalidad de cubrirse del agobiante calor.

—¡Ándenle!, que me voy.

Entusiasmados corrieron para alcanzar a su abuelo, quien apenas iniciaría su camino matutino. El hombre, que caminaba encorvado y con paso lento, aún podía distinguirse con su pantalón de algodón verde y su camisa beige de cuadros.



—Abuelo, los saguaros son como personas con brazos queriendo tocar el cielo —dijo Ethan.

—Somos el desierto personificado... Recuerda que nosotros somos como ellos porque también elevamos nuestra voz al cielo pidiendo por la lluvia —afirmó Eugenio—. Somos cada grano de arena, cada flor, cada planta, cada venado, cada fruto o siembra que crece en la tierra.

—¿Algún día podremos ver a l'itoi¹? —preguntó Ethan.

—¡Uy no!, —respondió Eugenio— ya no...

—Yo me sé la historia, me la contó hoy mi papá —comentó Ester—, ¿se las cuento?

—¿A ver? —la animó el anciano.

—Bueno, pues cuentan por ahí que existieron dos seres que crearon muchos tipos de humanos... o de hombres, luego ya no los querían y los abandonaron...

(1) P'itoi: dios pápago.

—No, no los abandonaron hija —corrigió el abuelo—, ¡los destruyeron! A ver, yo les cuento.

—¡Sí! —respondieron ambos niños.

—La leyenda cuenta que dos seres sobrenaturales crearon varias razas de hombres, sin embargo, tuvieron que destruirlas. No entiendo exactamente por qué, pero aquellas dos deidades se enfrentaron.

—Se pelearon... —comentó Ethan.

—Sí, por esta razón el hermano mayor, l'itoi, se quedó en el mundo. Él creó la naturaleza y los distintos linajes o'odham o gente pápago, pero primero expulsó a los hombres que anteriormente habían sido creados para poder ocupar su territorio.

—Eso estuvo bien, porque si no, ahorita en dónde estaríamos abuelo.

—¡Eso no es todo! —dijo el hombre—, pongan atención. l'itoi combatió a la serpiente de dos cabezas en la laguna de Quitovac y, después de vencerla, le extrajo el corazón. Lo que él no sabía era que aquel órgano tenía la cualidad de hacerse acuoso o ponerse tan duro como...

—¡Como una piedra! —agregó Ester.

—Sí, la piedra sagrada, como la llamó l'ittoi. Fue resguardada en una canasta dentro de una cueva, pero con el paso del tiempo se perdió y eso hizo caer torrenciales lluvias que inundaron el desierto. Ante este hecho se reunieron cuatro sacerdotes y comenzaron a cantar rezos y a hacer peticiones y rituales para detener la furia de la naturaleza...

—¿Y se detuvo? —preguntaron ambos niños.

—Claro. Por eso construimos corrales con ramas y rezamos, bailamos y pedimos a la naturaleza. —afirmó Eugenio. Al terminar la historia el anciano y sus dos nietos caminaron de vuelta a casa, pues tenían que alistarse para la tarde.

Quitovac ya estaba listo, en el pueblo los tohono o'odham de Sonora y Arizona estaban reunidos para llevar a cabo la gran celebración. El murmullo de los diversos idiomas se perdía con el paso del viento desértico. Frente a cada uno de los hogares de la población se encontraban ya las ramadas (corrales) o los montículos de tierra que los hombres habían hecho. En todos había el mismo patrón: cuatro ramadas o montículos formando un cuadrado, y uno más en el centro. En este último los pápagos colocaban dulces, alimentos que las mujeres habían preparado, ca-

nastas hechas a mano con plantas del desierto, o figuras talladas en madera. La fiesta apenas comenzaba.

Los danzantes se alistaban dentro de los [huki](#)², en los cuales comenzaban por vestirse con una manta atada de las piernas y la cintura como si fuera un pantalón pequeño o corto, y su cuerpo lo rodeaban con un cinturón de campanas que harían sonar como los cencerros. Después se ponían sus máscaras artesanales y finalmente tomaban en sus manos una vara con plumas. Los hombres que se habían comprometido a hacer esta labor tenían que llevarla a cabo por cuatro años consecutivos. Mientras ellos se preparaban, tres músicos entonaban cantos a la vez que tocaban el raspadero de madera de hediondilla.

Cuando los danzantes estaban listos, se dirigían a Quitovac desde las afueras de la comunidad y hasta llegar a los hogares pápagos, donde se encontrarían con los sacerdotes para dar inicio a la procesión. Los niños (con pantalones de mezclilla y camisas de mangas largas) y niñas (con una cinta en la cabeza, faldas y blusas coloridas) los esperaban contentos para comenzar. Entre ellos estaban Ester y Ethan, ansiosos por ver lo que sus padres y su abuelo habían preparado.

La música sonaba tan alegre como el sol. Los rezanderos llevaban

(2) [Huki: corral semicircular cercado con varas de saguaro, pitahaya, o ramas del monte.](#)



consigo un saco que contenía harina de maíz. Al finalizar los rezos vertían un poco de este polvo sobre la ofrenda de la casa y colocaban en cada uno de los montículos o ramajes el vi'ikita³ para bendecir los platillos y permitir que quienes los acompañaban comieran.

Llegaron a la casa de Eugenio, la música sonaba con alegría. La familia estaba feliz por recibir la bendición del Vi'ikita. Los sacerdotes estaban frente a frente. Se escuchaban rezos y el murmullo de la procesión. Los danzantes ambientaban el recorrido en el hogar. El calor era ameno. Así continuaron visitando cada una de las casas.

—Abuelo ¿por qué pedimos tanto por el agua? —preguntó Ester.

—Porque el agua es vida para todas las personas, por eso pedimos que nos vuelva a ayudar —dijo el hombre—, y porque nosotros somos sembradores y necesitamos de buena cosecha.

—Ohhhhh...

(3) Vi'ikita: ramo de plumas de águila y gavián.

—Estoy muy agradecido con la naturaleza. Nosotros disfrutamos del desierto y apreciamos la conservación de éste. También la tierra, los lugares sagrados, nuestros pueblos antiguos, los alimentos que crecen aquí y nos nutren, y los animales que hay a nuestro alrededor.

Durante la noche y parte del día siguiente los danzantes, contentos, iban de casa en casa en compañía de los hombres que rezaban y también de los músicos. Así fue hasta que se cumplieron veinticuatro horas de ceremonia.

Finalmente comenzaron la puesta en escena. La estrella de luz calentaba el suelo árido de Quitovac, su temperatura llegaba casi a los cincuenta grados centígrados. En el paisaje reposaban saguaros de diversos tamaños, algunos parecían tener dos brazos, y todos tenían frutos rosas en lo alto. Había arbustos que apenas daban sombra, también biznagas, sábilas, choya, y lechuguilla.

En el escenario el sol comenzó a salir, un pequeño lo sostenía con las manos en lo alto sobre su cabeza. Un zopilote voló por los cielos sombreando el rostro húmedo del niño que sujetaba al astro. Diversos animales comenzaron a aparecer en la representación: ardillas, venados, conejos, liebres, jabalís, tuzas, un puma, un borrego cimarrón, una víbora de cascabel y un gato montés, entre otros. Parecía imposible ver

a tantos seres juntos, pero de inmediato una criatura proveniente de la laguna de Quitovac los ahuyentó. Luego llegó un dios con cabello largo y barba, l'itoy se llamaba. Aquél de gran fortaleza empezó a pelear con la bestia y defendió las tierras donde más adelante vivirían los tohono o'odham.





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



México, 2022

